

# MUERTE DEL GENERAL MARGALLO Y FUNERALES EN CÁCERES

JUAN DE LA CRUZ GUTIÉRREZ GÓMEZ

---

**Juan de la Cruz Gutiérrez Gómez.** Licenciado en Ciencias de la Información. Cronista parlamentario de TVE. Director de TVE Madrid, Castilla-La Mancha, Extremadura, Navarra y Canarias. Articulista y ensayista. Autor de las novelas *Tierra de silencio* y *El rabadán de Extremadura*, sobre la emigración regional de Extremadura, de la biografía *Rafael Ortega, la alfarería como Arte Mayor* y coautor de la *Guía de la Sierra de Gata*. Cuenta con numerosos ensayos en numerosas publicaciones sobre diversos temas.

## RESUMEN:

El ensayo “Muerte del general Margallo y funerales en Cáceres” trata de recoger los últimos momentos del general cacereño Juan García-Margallo, antes de caer herido de muerte, por las balas bereberes en Melilla, captado en su análisis de la prensa nacional de entonces y detallando la solemnidad de las honras fúnebres celebradas en la iglesia cacereña de Santa María.

Palabras clave: Margallo, Cáceres, guerra, Melilla.

El 2 de octubre de 1893 se produjo un grave ataque de los rifeños contra España y su guarnición en Melilla, de la que era Comandante General el cacereño Juan García Margallo, (Montánchez, 1839-Melilla, 1893), con el siguiente nombramiento:

*“En nombre de mi augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII, y como Reina Regente del Reino, vengo en nombrar Comandante General de Melilla al general de brigada D. Juan García-Margallo y García. Dado en Palacio a 31 de agosto de 1891. María Cristina. El ministro de la Guerra, José López Domínguez”.*

Al amanecer de aquel día unos seis mil bereberes, procedentes de treinta y nueve cabilas, armados con fusiles Remingtons, carabinas de repetición Winchester, carabinas Colt y fusiles Martini Henri, de contrabando, atacaron a los soldados españoles que no pasaban de trescientos cincuenta hombres.

Una acción, calificada de traidora, que se produjo cuando el ejército español, siguiendo las órdenes del ministro de la Guerra, acababa de dar comienzo a las obras de construcción del fuerte de Sidi Aguariach, marcando debidamente los límites reconocidos de la plaza en el Tratado de 1859, en un lugar en el que estaba situada la mezquita y tumba del santón, que daba nombre al lugar, muy venerado por los cabileños, y, también, con un cementerio. Una batalla muy desigual, encarnizada y diabólica, ante la que los soldados españoles hicieron frente con todas sus fuerzas, salvando a la brigada de presidiarios que trabajaban en las obras y aguantando las once horas del combate, con el extraordinario apoyo de los cañones de los fuertes de Camellos y Cabrerizas Altas. En la acción de guerra murieron quince soldados españoles.

Al día siguiente los cadáveres de doce soldados españoles se encontraron salvajemente profanados. *“Mutilados y maltratados ferozmente”*, según señala textualmente el general Margallo en el parte de guerra.

De este modo unos aparecían con los brazos arrancados, otros con la cabeza destrozada, otros con todo el cuerpo abierto, otros carbonizados y todos ellos con numerosas cuchilladas de gummies, por aquellos fanáticos y enloquecidos bereberes a los que los corresponsales de guerra les dedicaron, entre otros, calificativos como los de crueles, feroces, vándalos, sanguinarios, asesinos, vil canalla, ruin morisma, raza indomable, hordas montaraces... En el entierro de las víctimas españolas el general Margallo aparecía completamente desgarrado.

El ataque fue calificado por toda la prensa como una acción miserable y canallesca de Marruecos, que merecía la debida respuesta por parte de España. Pero un negligente ministro de la Guerra, José López Domínguez, severamente cuestionado por la prensa y la opinión pública, no atendió debidamente a las tropas españolas. Por ahí andan las páginas de los periódicos de entonces. Mientras se producían manifestaciones en todo el país contra los moros y el suelo africano se regaba de sangre de los militares a las órdenes de Margallo.

Poco a poco se iban incorporando soldados de diferentes guarniciones españolas. El general cacereño, un valiente luchador, no entendía nada de la escasa respuesta del Gobierno, mientras los soldados defendían la enseña nacional.

Todos los rincones de la geografía española se iban llenando de manifestaciones de apoyo a los militares españoles, bajo las órdenes de Margallo, y de protestas contra Marruecos y los bereberes.

En el transcurso de los enfrentamientos un cañonazo destruyó por completo el templo de Sidi Aguariach. Lo que dio lugar a que los bereberes, armados hasta los dientes, procedieran a declarar, ya, la yihad o Guerra Santa.

Toda España era un clamor. Por lo que a media mañana del 25 de octubre de 1893 los estudiantes cacereños del Instituto provincial se reunieron con el gobernador civil a fin de solicitar el permiso correspondiente para llevar a cabo una manifestación patriótica en pro de la campaña contra los rifeños y en solidaridad con las fuerzas españolas durante la Guerra del Riff.

Conseguida la autorización pertinente los estudiantes marcharon hacia el Ayuntamiento demandando banderas nacionales, donde les fueron entregadas por el alcalde de Cáceres, José Trujillo Lanuza, las del provincial de Cáceres y la de la milicia nacional.

Con la entrega de las enseñas dio comienzo la manifestación. Los comerciantes cacereños cerraron sus negocios y se adhirieron a la movilización estudiantil, como se fue incorporando una gran parte del vecindario. La primera parada de los manifestantes fue ante el Gobierno Civil, aclamando al titular, que tuvo que salir al balcón, siendo calurosamente aplaudido entre vivas a España, al Ejército y a Cáceres.

Posteriormente se desplazaron hasta el Instituto. En el centro educativo el director se mostró orgulloso de que fueran los estudiantes los abanderados de dicha movilización.

Una manifestación del mayor entusiasmo que también se acercó al Cuartel de Infantería, entre clamorosas ovaciones a los guardias, como se detuvieron ante el Cuartel de Caballería, sede de la Comandancia Militar, y donde el coronel comandante militar, visiblemente emocionado y conmovido, se presentó “ante los jóvenes patriotas”, y lanzando “vivas a España”, que fueron contestados por todos los manifestantes cacereños.

Asimismo pasaron ante el Juzgado de Instrucción, siendo recibidos por don Pío Navarro, en medio del fervor patriótico. Un reguero de emoción corría por la capital. Mientras los participantes solicitaban a los jefes de las fuerzas su presencia para aclamarles. Durante todo el día “reinó en Cáceres un entusiasmo indescriptible”.



*El ilustre general cacereño Juan García-Margallo. Fuente: El Heraldo de Melilla.*

Un momento relevante en la manifestación tuvo lugar cuando los cacereños se detuvieron en la calle Moros, “*promoviéndose grande algazara*”. De tal forma fue así que “*el lebrero de la calle fue apedreado*”, mientras se solicitaba el nombre del general cacereño para la rúa. Un momento de intensidad en el transcurso del cual el regidor de la ciudad, José Trujillo, pronunció “*un patriótico discurso, terminando con vivas a España y al ejército*” en medio de una gran ovación por parte de los asistentes.

Más tarde los manifestantes hicieron acto de presencia en el Cuartel de Carabineros, ante la Audiencia y, de nuevo, ante el Ayuntamiento. Cáceres sentía a sus soldados en la Guerra de Melilla, sufría con ellos y les alentaba en la defensa de España ante los marroquíes.

A las dos y media de la tarde los manifestantes hicieron un alto, retomando su recorrido por la ciudad a las tres, nuevamente, tal como demandaban los ánimos de los participantes. La convocatoria finalizó ante el Gobierno Civil, en medio de un grito solidario como desgarrador, “*vitoreándose a la primera autoridad de la provincia*”, al ejército y a España.

Todos los cacereños, como todos los españoles, seguían las noticias procedentes de Melilla con extraordinaria inquietud, tensión y emoción.

Pasan veinticinco días desde aquel combate del 2 de octubre, en medio de un extraño alto el fuego, enormes tensiones y continuas provocaciones por parte de los bereberes, en una constante actitud de hostilidad, de insultos y de ofensas continuadas contra el ejército español.

Tan solo dos días después de esa manifestación, en la tarde del 27 de octubre, una expedición encabezada por el general Margallo, con los componentes de su Estado Mayor, tras los inicios de nuevo de la obra para levantar el fuerte de Sidi Aguariach, por orden del ministro de la Guerra, fue atacada de nuevo por los bereberes, desde el cerro de Mariguari, con un fuego graneado. El comandante general de Melilla, en una reacción de extraordinario calibre militar, supo dirigir con entereza a las huestas españolas buscando protección hasta el fuerte más cercano, el de Cabrerizas Altas, sitiado por enemigos, accediendo, milagrosamente, en medio de una enorme cantidad de balas que les llegan desde todas las direcciones.

Esa misma, intensa, larga y dramática noche, con las tropas españolas sitiadas y acorraladas en el Fuerte de Cabrerizas Altas, no ha cesado el tiroteo y el griterío permanente de los moros, como no han cesado los bereberes de llamar a las cabilas cercanas con sus hogueras y con sus jaiques blancos. El enemigo se va multiplicando. Mientras tanto el general Margallo, inquieto y sumamente preocupado por la gravedad de la situación en los últimos días, trata de buscar la mejor salida en el acuartelamiento, con los soldados, tan valientes como esforzados, con el honor por bandera.

Los soldados españoles se defienden bravíamente, como jabatos. Los del batallón Disciplinario, los del Regimiento Borbón, los del regimiento Extremadura, los de

Cazadores de Cuba... Pero hay moros, monte Gurugú abajo, por todas partes.

Se escuchaba el continuo tiroteo y el griterío permanente de los moros, de tal modo que en la prensa se podía leer que *“el tronar de la pólvora, y nuestros ojos no veían otra cosa que el breve relampagueo de la fusilería rifeña, manchas de sangre en la pálida iluminación que al campo daba la luna impenetrable”*. Los moros formaban, ya, *“una masa formidable, inmensa, un hormiguero, si vale la pena, de gigantescas proporciones”*. Nuestros soldados, por su parte, *“contestando con fuego de cañón”*.

También, más tarde, la adversidad del temporal de la lluvia torrencial.

Lamentablemente las fuerzas y tropas españolas sufrían y padecían, al tiempo, escasez de agua, municiones, víveres y medicinas. Hasta el punto de que *“hubo que suprimir por la tarde el rancho y la ración de agua de los soldados”*. La noche fue larga, intensa, dramática.

Amanece la mañana del 28 con la morisma enviando *“a guisa de desayuno una rociada de plomo, que silban las balas atrocemente”*.

Evidentemente el ejército español, acorralado en el fuerte de Cabrerizas Altas, va perdiendo posiciones y acusando, desde el valor y la generosidad y entrega en defensa de la patria, la tremenda desigualdad de fuerzas. Con entre veinte mil y treinta mil bereberes y una defensa española muchísimo menor.

Entonces decide mandar al capitán Picasso al fuerte de Rostrogordo y avisar a la plaza de la situación. La línea telefónica había sido cortada por los moros. Por lo que Picasso se lanza a galope tendido hasta la Comandancia General.

A eso de las diez y media de la mañana el general Margallo, ya fuera de sí, desplegó en guerrilla a cien de sus hombres, ordenando abrir la puerta de la fortificación española, en medio de un escalofrío por parte de todos los combatientes.



*El general Margallo arengando a las tropas españolas.  
Cuadro del pintor Augusto Ferrer Dalmau.*

Se escucha la voz temblorosa de un soldado:

—¡No salga Vucencia, mi general...!

Detrás quedaban los soldados y militares españoles aguantando cuanto podían, sin descanso, la guarnición del fuerte de Cabrerizas Altas.

Los guardias de la puerta, tras saludar militarmente al general Margallo, procedieron a cumplir sus órdenes.

En esos instantes Margallo arengó a la guarnición, enérgicamente, al grito de:

—¡Armen...! ¡A la bayoneta!

Luego incentivó a sus soldados:

—¡Muchachos...! ¡Hijos míos...! ¡Vamos por la gloria...!

Y salió, a todo galope, con su caballo.

Apenas pudo avanzar cien metros. De repente una bala bereber segó la vida del general cacereño que cayó herido de muerte, ante la misma garita de la fortificación de Cabrerizas Altas, mientras los moros intentaban llevarse su cadáver “*como un trofeo de guerra*”. Pero las guerrillas españolas, sacando fuerzas de lo más hondo de sí, calaron bayoneta, logrando entrar el cuerpo del heroico general Margallo en el fuerte melillense.

Poco más tarde el coronel Casiellas remitía el siguiente telegrama al Ministro de la Guerra: “*El general Margallo ha muerto heroicamente al frente de las tropas al salir del Fuerte Cabrerizas*”.

Tres días antes, tan solo, coincidiendo con la manifestación de Cáceres, la Reina Regente, María Cristina de Habsburgo-Lorena, atendiendo la solicitud del ministro de la Guerra, José López Domínguez, había destituido del mando al general Margallo, sin informarle y que se enteró por la prensa de entonces. Una prensa que criticaba duramente al ministro señalando, entre otros argumentos, que “*la imprevisión del Gabinete López-Pasquín es censuradísima*”, lo mismo que se cuestionaba la punible conducta al ministro de la Guerra.

Todos los periódicos nacionales se hicieron eco de la figura del general cacereño Juan García-Margallo, de su valentía, de su energía, de su ejemplar capacidad al mando de las tropas, incluso con el peligro constante. Asimismo se destaca su ejemplo como “*un general que muere como un capitán de guerrillas, al pie de la bandera, dando la cara al enemigo, proclamando con el sacrificio de la vida, del hogar, de la fortuna, la eterna religión de la patria y escribiendo con su sangre un nombre más en el largo montículo de esa otra religión del honor, en que es sacerdote el soldado*”.

El periódico “La Epoca”, inclusive, se preguntaba, tal como expusieron otros medios en sus columnas informativas, si Margallo “*salió a buscar la muerte al saber que se le había quitado el mando al frente del enemigo*”.

*«El general Margallo cae herido de muerte», dibujo del pintor Román Navarro.*



El mismo diario “La Epoca” subraya: *“Ante su cadáver, España entera se descubre. Pero las balas que han desgarrado el pecho del noble soldado y que han empapado con sangre de nuestros hermanos el suelo de África ha tenido mayor alcance. Ellas han venido de herir también de muerte el escaso prestigio del general López Domínguez”.*

Igualmente “El Heraldo de Madrid”, periódico independiente, señalaba en su editorial titulado “Ante el cadáver”: *“Margallo en su muerte es el Margallo del día, el Margallo de Sidi Aguariach, corazón fuerte, exaltación heroica, la leyenda activa de un Concha, un León muriendo ya ante Monte Muro, ya dando la voz de ¡fuego! dentro del cuadro”,* añadiendo que *”Ante el cadáver del general infortunado, el espíritu español se indigna si mira a la tragedia; pero se engrandece si pone los ojos en el heroísmo”.*

Por su parte “El País”, periódico republicano-progresista, bajo el titular de *“La muerte de Margallo”*, expone: *“El general Margallo no ha querido sobrevivir a su deshonra. Es decir, a la deshonra oficial; a la que desde el ministerio de la Guerra ha lanzado el gobierno sobre la reputación de aquel bravo soldado”,* subrayando que *“El ministro de la Guerra había elegido como cabeza de turco al gobernador de Melilla”* y que *“La desorganización del ejército, la imprevisión y el combate del día 2. La falta de energía y actividad, los atrincheramientos y osadías de los moros ante la plaza de Melilla, en una palabra, la vergonzosa actitud de España ante el mundo entero y todo cuanto en su origen pertenece en absoluto al ministro de la Guerra, se ha tratado de justificar con la destitución del pundonoroso general Margallo”.*

Asimismo el periódico deja constancia expresa de que *“Esta muerte del gobernador de Melilla y la sangre de los valientes soldados derramada en el combate último, no la achamos a los proyectiles rifeños: la atribuimos a la desesperación y a la situación deshonrosa que el*



*La prensa internacional dedicó, asimismo, amplia información a la muerte de Margallo, como la portada de “Le Petit Journal”.*

*valeroso, el general. Ante su cadáver deben callarse todas las censuras. La sangre que vertió por la patria ha lavado todos sus errores, si los cometió” y que “Saludemos al noble soldado, víctima acaso de algo más que de su arrojo y deploramos su muerte; no solo porque con ella pierde la patria el esfuerzo de una espada valerosa, sino porque se ha llevado a la tumba la explicación de cosas, que, sin su testimonio, no la tendrán jamás como es de exigir”.*

*Y prosigue: “Nadie se explica esta actitud incalificable de un gobierno que, habiendo tenido de la mano ocasión para purgar sus muchos yerros, deja que los acontecimientos se le precipiten y a recoger gloria prefiere caer; para no levantarse mas tal vez, por inepto e improvisor; nadie se explica esa apatía del Gobierno, que mientras organiza planes y más planes, da lugar a que nuestros soldados, puñado de valientes que poco puede, aún sacrificándose, ante el numero del enemigo; rieguen con su sangre, que está pidiendo venganza, la tierra africana”.*

*Por su parte y al respecto el periódico “El Día”, manifiesta: “¡Así mueren los soldados españoles; así dicen al mundo que son los primeros en dar el ejemplo ante el peligro; así cubren de gloria la bandera de la patria y hacen inmortal y temible el nombre de España!” y añadiendo más adelante, en su editorial, que “Descanse en paz el valiente que ha entregado su vida a la patria, a la cabeza de un puñado de héroes. Le sobra corazón a Margallo, como buen soldado español: le faltó tan sólo fortuna para conquistar*

*Gobierno creó al heroico general”. Por lo que el periódico finaliza del siguiente tenor: “¡Caiga toda la responsabilidad de la historia y la execración de España aobre el ministro de la Guerra, que, con su conducta, ha provocado un día de luto a la patria!”.*

Por su parte el periódico “El Liberal” señala que siente dolor y espanto al leer en el número extraordinario de “La Gaceta” esta noticia: “*El general Margallo ha muerto heroicamente al frente de las tropas al salir del fuerte de Cabrerizas”* y que “*El laconismo del telégrafo sólo nos dice que el jefe de las tropas de Melilla ha muerto como un héroe. Así mueren los soldados españoles, Al caer en el campo de batalla convierten en pedestal de su gloria la tierra que riegan con su sangre. Pero no por esto podemos dejar de sentir y llorar la muerte de un valiente”.*

El diario “La Justicia”, republicano, escribe tras el fallecimiento del general cacereño: “*Ha muerto al frente del enemigo, como un caudillo*



*El entierro del general Margallo constituyó una extraordinaria manifestación de duelo.*



*los laureles que ambicionaba. La patria sabrá vengar a sus hijos que han regado con su sangre el campo de Melilla”.*

Inclusive el periódico “El Correo Militar” destaca de forma absolutamente enérgica y contundente al día siguiente del combate: “¡Lástima grande no poder reunir en un pelotón a todos los hombres públicos, civiles y militares, autores y cómplices de esa política y enviarlos al cerro de Sidi Aguariach, a resistir tras los débiles muros de una caseta el fuego horroroso de millares de rifenos! A ver si así, los que vivos quedaran, comprendían la lección y arrepintiéndose de sus errores, entraban en el camino de la enmienda.” .

El entierro del general Margallo supuso “una imponente manifestación; toda Melilla concurrió a él, demostrando su gran sentimiento”, vestido con el uniforme de gala, una imagen de serenidad, luciendo los entorchados, con el fajín, el ros y el bastón de mando, con los cuarteles del escudo nacional y los colores de la bandera, encima del féretro, que portaban seis artilleros.

Como dato de relieve, que consideramos trascendental en la historia, hay que especificar que parte del rumbo de Juan García-Margallo estuvo marcado por las desavenencias surgidas entre su superior, el ministro de la Guerra, José López Domínguez, y el mismo.

Días después, el 5 de noviembre, el Ayuntamiento de Cáceres, bajo la presidencia del regidor José Trujillo Lanuza, aprobó sustituir el rótulo de la calle Moros por el de General Margallo.

Posteriormente, el 13 de noviembre, tuvieron lugar las honras fúnebres por su eterno descanso en Cáceres, con la presencia de una numerosísima concurrencia que llenaba el templo de Santa María para rendir un tributo a la última memoria del soldado cacereño. Un funeral, con gran pompa y solemnidad, presidido por el Gobernador Militar, el presidente de la Diputación Provincial, Miguel Muñoz, por el alcalde de Montánchez, localidad en la que nació Margallo, dos de sus hermanos y la del diputado a Cortes por Trujillo, señor Gómez Gil.

Una iglesia profusamente iluminada y con el *“soberbio túmulo de tres cuerpos, severamente adornado con banderas nacionales, trofeos, cascos, terciarolas y multitud de coronas”*. Entre las coronas destacaba una, hermosísima, con la siguiente inscripción en las cintas: *“La provincia de Cáceres a su hijo, el heroico general don Juan García Margallo”*.

Ante el túmulo daban guardia de honor una sección de lanceros de Villaviciosa, un piquete de las fuerzas de Infantería del Regimiento de Castilla en traje de campaña, así como una sección del mismo y *“varios pabellones, formados por fusiles y lanzas”*.

También asistieron al funeral la práctica totalidad de los militares residentes en Cáceres y una selecta presencia *“de la buena sociedad de Cáceres, como de las clases media y popular”*.

Durante el oficio hizo uso de la palabra don Manuel Corrales, notable orador, que pronunció *“una magnífica oración fúnebre”*, recordando la heroica muerte de Margallo y exponiendo las altas dotes de valor y patriotismo del militar *“modelo de soldados pundonorosos y heroicos, por cuyo eterno descanso acudió Cáceres a elevar fervorosas preces al cielo”*.

También es de dejar constancia que *“la Banda Municipal tocó escogidas piezas de su repertorio, propias del solemne acto”*.

## BIOGRAFÍA

Juan García-Margallo nació el día 12 de julio de 1839 en el municipio cacereño de Montánchez, y era hijo de Ildefonso García-Margallo y Jara, Vizconde de Montánchez, y de Agustina García Rubio.

El mismo ingresó en la segunda compañía del Colegio de Infantería en 1855, a los dieciséis años, donde ya se mostraba como *“pundonoroso, noble de carácter y con entereza de espíritu”*. Tras haber ejercido como galonista fue promovido a alférez el 1 de enero de 1858, destinado, inicialmente, al “Regimiento de la Reina número 2”, con guarnición en Madrid, para pasar posteriormente, con un batallón a Zaragoza, Huesca y Pamplona.

A finales del año 1859 se incorpora a las filas del batallón de Cazadores “Figueras, número 8”, combatiente en la Guerra de Africa, bajo el mando del general en jefe Leopoldo O’Donnell, Conde de Lucena, tomando parte en los combates de los lugares conocidos como Sierra Bullones, protección del camino a Tetuán y en la Batalla de

los Castillejos, resultando herido, en lo que sería su bautismo de sangre en 1860, siendo condecorado en el mismo campo de batalla con mención honorífica y ascendiendo a teniente.

En el año 1861, estando de guarnición en Tetuán, tras la evacuación de la plaza se incorporó al batallón en Madrid, donde estuvo sirviendo entre 1862 y 1865.

Asimismo el 22 de junio de 1866 tomó parte, de forma valiente y comprometida, en los sangrientos sucesos de Madrid, sobresaliendo en el hecho de armas que sostuvo con su batallón contra los insurrectos de Artillería de San Gil que ocuparon numerosas calles y lugares de la capital con barricadas, alcanzando por su brío y pundonor el grado de capitán.

En el año 1868 reingresó en el Batallón de Cazadores de Figueras, que desempeñaba sus tareas militares en Andalucía, bajo el mando y las órdenes del general Antonio Caballero y Fernández de Rodas, contra una serie de fuerzas republicanas, tomando parte en las operaciones y hechos de armas de Málaga, Cádiz y Andalucía, siendo galardonado con la Cruz Roja de primera clase del Mérito Militar. En función de sus méritos y por la gracia general de 1868 fue ascendido al grado de comandante.

Pasa el latido de un año de una considerable actividad militar y combatiente. De tal modo que a principios de 1869 marcha con su batallón a las zonas norteñas de Navarra, Huesca y Lérida, persiguiendo y destruyendo una diversidad de partidas republicanas, para pasar a incorporarse, posteriormente a la localidad madrileña de Alcalá de Henares.

Mas tarde Juan García-Margallo presta sus servicios en Andalucía donde el 5 de febrero de 1871 prestó juramento de fidelidad y obediencia al monarca, entonces Amadeo de Saboya, ante el gobernador militar de Córdoba.

También tomó parte en la insurrección de los generales Juan Prim y Francisco Serrano y el almirante Juan Bautista Topete en la operación denominada “Revolución de



“Del General Margallo”. Fuente: Centro de Historia y Cultura. Melilla.

1868”, “La Gloriosa” y ”La Septembrina”, derrocando a la reina Isabel II y la Monarquía, que diera paso a la llegada de Amadeo.

En el año 1872 contrae matrimonio con la joven vallisoletana Adelaida Cuadrado Aznar, y muy poco tiempo después, con motivo del estallido de la Tercera Guerra Carlista, es destinado junto a su batallón a Navarra y Vascongadas, tomando parte muy activa e importante, desde el punto de vista estratégico, siempre en primera línea de combate, en los sitios de Oroquieta, Mundaca, Gorbea, Manu-Andi, Manu-Chiqui, sitio de Irún, demostrando un valor sereno, tenacidad y resistencia tales, que le valieron numerosas condecoraciones, siendo declarado benemérito de la patria por Ley de 3 de julio.

En ese sin parar de una personalidad como la de Juan García-Margallo, de extraordinaria fidelidad a la nación española, pasa más tarde al Batallón de La Habana número 18, con sede en Valladolid. Otra etapa en la que una vez más *“dio a conocer en aquel puesto lo que valía, como hombre acción, de patriotismo, buen juicio y amor al noble oficio de las armas. Por eso, ahora, los militares no se extrañan de la entereza y del entendimiento del veterano soldado de África”*, según señala el periódico “El Heraldo de Madrid”, publicado el 5 de octubre de 1893.

Por los servicios que prestó contribuyendo al levantamiento del bloqueo de Pamplona, ya en el año 1883 Margallo es ascendido a coronel pasando a estar al frente del Regimiento Isabel II.

Con motivo de dicho ascenso los Jefes y Oficiales del Batallón de Algeciras le obsequian con la espada de ceñir. Posteriormente pasó a mandar el Regimiento Isabel II. Número 32, en esa ciudad hasta ser promovido a general en febrero de 1890 y nombrado gobernador militar de León.

En agosto del año 1891 es ascendido a general de brigada y Gobernador Militar de Melilla, alcanzando posteriormente el rango de Comandante General de Melilla.

El general cacereño Juan García-Margallo está en posesión de la cruz de San Fernando de primera clase, lograda en África; tres cruces del Mérito Militar por acciones de guerra; medalla conmemorativa y diploma de la campaña de África, medalla de Bilbao; Medalla de la guerra civil, con los pasadores de San Marcos, San Marcial e Irún; benemérito de la patria, la medalla de Alfonso XII con el pasador de Pamplona, placa y cruz de San Hermenegildo, Cruces Rojas de 1ª y 2ª clase del Mérito Militar, Cruces Blancas de 2ª clase del Mérito Militar, Cruz de Carlos III, Benemérito de la Patria y Gran Cruz Blanca del Mérito Militar.

Como curiosidad dejemos constancia del romance que sobre el general Margallo, al que se denomina curiosamente **Marigallo**, apareció dictada en 1985, en la alquería hurdana de Martilandrán, por Moisés Crespo Azabal, que hemos recogido del Almanaque *“Pliegos de cordel, tradición oral, romancero...”*.

El año noventa y tres,  
el mes de octubre corría,  
y al general Marigallo  
los marroquinos herían:  
siete tiros en el pecho  
y otros siete en la barriga,  
y otros siete al su caballo  
que en la tierra se rendía.  
Y a cuenta de tantos tiros,  
Marigallo se moría.  
Cuando se estaba moriendo,  
a sus tropas les decía:  
—Allí alante, allí alante,  
más alante de Melilla,  
un millón de marroquinos  
quieren conquistar Melilla.  
Y yo vos digo, hijos míos,  
hijos de la patria mía,  
que donde esté un español  
no se admite la porfíria.—  
Mandó el sultán marroquino  
a toda la morería,  
no quedara un español  
con el latido de vida.  
Y asaltaron los fortines  
que había en la tierra asiria.  
Y un soldadito español  
vio la bandera perdida.  
Al ir a recuperar,  
los moros vinon encima.  
Le han cortado los dos brazos,  
le han cortado las dos piernas;  
con la boca sostenía  
el asta de la bandera.  
A grandes voces gritaba  
y decía de esta manera:  
—¡Viva nuestro general  
y viva la España entera!  
¡La bandera no caerá  
en las manos de estas fieras!

Todo un héroe, el general extremeño Juan García-Margallo, un insigne, bravo y cualificado militar español, bastante olvidado lamentablemente, que se merece un sitio de honor con mucho más reconocimiento en el libro de las páginas de la historia militar y en el de la historia de España.

NOTA:

Las referencias específicas entrecomilladas están captadas de los diferentes periódicos nacionales de la época, de las crónicas de los corresponsales cacereños en los mismos, así como de los artículos y ensayos del autor sobre la ilustre figura del General cacereño Juan García-Margallo.